

La observancia de la palabra dada á una ciudad que se rinde quedó generalmente incumplida al dejar la entrada libre á los soldados vencedores.

Lucio Emilio Regilo, pretor romano, habiendo puesto todo su conato en apoderarse de la ciudad de Phoces, no consiguió su intento á causa de la singular proeza de sus habitantes, que se defendieron á maravilla, é hizo con ellos pacto de considerarlos como amigos del pueblo romano, así como de entrar en el territorio como en ciudad confederada, logrando así que acabaran las hostilidades; mas habiéndose efectuado la entrada en compañía de su ejército para dar mayor pompa al espectáculo, no estuvo en las manos del pretor el contener á sus soldados, por más esfuerzos que hizo, y ante sus ojos vió que saquearon buena parte de la plaza: la venganza y la avaricia sobrepujaron la autoridad del jefe, así como la disciplina militar.

Decía Cleómenes que cualquiera que fuera el daño que al enemigo se hiciera en la guerra, aquél estaba por cima de toda justicia, y que era además ajeno á ley ninguna, ni de los dioses ni de los hombres. Habiendo dicho guerrero ajustado una tregua de siete días con los argianos, tres solamente eran pasados cuando cargó sobre ellos hallándose dormidos, y acabó con todos, alegando como defensa de su proceder que en el convenio hecho no se había hablado de las noches. Los dioses vengaron tan pérfida sutileza.

En ocasión de celebrarse un parlamento entre los magistrados de la ciudad de Casilinum, fué ésta tomada por sorpresa; aconteció el hecho, sin embargo, en el siglo de Roma en que florecieron los más justos capitanes y en que las milicias estaban mejor regimentadas. Siempre que para ello tropezamos con ocasión favorable nos prevalemos de la torpeza de nuestros enemigos, así como de su falta de valor. Cuenta la guerra con privilegios razonables que la razón no aprueba, y no se cumple aquí la máxima *Neminem id agere, ut ex alterius prædetur inscitia*¹; pero me sorprende la extensión que Jenofonte da á aquéllos á juzgar por las ideas y por las diversas expediciones del emperador de quien escribió las hazañas. Aunque merezca gran crédito en tales cosas, como experimentado capitán y filósofo de los primeros discípulos de Sócrates, yo no puedo aceptar como buenos esos privilegios en todas sus partes.

El señor de Aubigny puso cerco á Capua, y después de haber llevado á cabo un furioso ataque, Fabricio Colona, que defendía la ciudad, comenzó á parlamentar desde un baluarte; mientras sus gentes se habían descuidado algún tanto, las de Aubigny, apoderáronse de la ciudad é hicieron un gran destrozo. Recientemente en Ivoy, el señor Juan Ro-

1. Nadie debe sacar provecho de la ignorancia ajena. Cicerón, *de Offic.* III, 47.

mero, habiendo incurrido en el desacierto de salir á parlamentar con el condestable, encontró á su regreso la plaza tomada. El marqués de Pescara sitiando á Génova, donde el duque Octavio Fregoso mandaba bajo la protección francesa, estando ya de acuerdo ambos caudillos, habiendo ya adelantado tanto que se daba ya por hecho, estando ya á punto de ratificarse, los españoles penetraron en la plaza y procedieron como si hubieran ganado la victoria. Más tarde, en Ligny, en Barrois, donde el conde de Brienne ejercía el mando, habiéndole sitiado el emperador en persona, y Bertheville, lugarteniente del citado conde salido á parlamentar, durante esta operación la ciudad se encontró tomada;

Fù il vincer sempremai laudabil cosa,
Vincasi o per fortuna o per ingegno¹.

dicen los que así obran; pero el filósofo Crisipo no hubiera sido de este parecer, ni yo tampoco; pues decía que aquellos que compiten en la carrera deben emplear todos los recursos de que disponen, pero en manera alguna les es lícito poner mano en el adversario para detenerle, ni tampoco la pierna para que caiga. Y expresándose todavía de modo más generoso, el gran Alejandro Polipercón, á quien querían persuadir para que se aprovechara de la ventaja que la oscuridad y la noche le proporcionaban para atacar á Darío: « De ningún modo, respondió, no está en mi ir en busca de victorias de mala ley: *malo me fortunæ pæniteat, eam victoriæ pudeat*². »

Atque idem fugientem haud est dignatus Oroden
Sternere, nec jacta cæcum dare cuspidem vulnus:
Obvius adversoque occurrit, seque viro vir
Contulit, haud furto melior, sed fortibus armis³.

CAPÍTULO VII

QUE LA INTENCIÓN JUZGA NUESTRAS ACCIONES

Dícese que la muerte nos libra de todos nuestros compromisos. Yo sé de algunos que han interpretado este principio de diverso modo. Enrique VII, rey de Inglaterra, convino con don Felipe, hijo del emperador Maximiliano, ó, para designarle de una manera más honrosa, padre del emperador Carlos V, en que le hiciera entrega del duque de

1. Ya se deba la victoria al azar, ya á la pericia, siempre es gloriosa. Ariosto, canto. XV, v. 4.

2. Mejor quiero quejarme de mi mala fortuna que avergonzarme de la victoria. Quinto Curcio, IV, 13.

3. El altivo Mesenco no se digna derribar á Orodes en su fuga, ni lanzar un solo dardo que los ojos de su enemigo no puedan ver partir; le persigue, le alcanza y le ataca de frente; adversario del engaño quiere vencer solo por el esfuerzo de su valor. Virgilio, *Eneida*, X, 732.

Suffol de la Rosa blanca, su enemigo, que había huido y buscado asilo en los Países Bajos, con la condición de que no atentaría contra la vida de dicho duque; sin embargo, á la hora de morir ordenó á su hijo en el testamento que diera muerte á Suffol en cuanto él hubiera exhalado el último suspiro. Poco ha, en esa tragedia de los condes de Horn y Hegmond que el duque de Alba nos hizo ver en Bruselas, hubo toda suerte de acontecimientos notables. El conde de Hegmond, bajo cuya fe y seguridad su compañero se entregó al duque, rogó con grande insistencia que se le hiciera morir el primero á fin de pagar con su vida la del conde de Horn. La muerte no descargó al primero de la fe prometida, y el segundo pudo estar libre sin sucumbir. No podemos mantenernos más allá de nuestras fuerzas ni de nuestros medios; por esto, y porque nuestros esfuerzos y ejecuciones no residen en modo alguno en nuestro poder, no hay nada tan real en nuestro albedrío como la voluntad; en ella se fundan y establecen por necesidad todas las reglas del deber del hombre. Así, el conde de Hegmond que tenía su alma y voluntad sujetas á su promesa, bien que la facultad de efectuarla no estuviera en su mano, quedaba sin duda libre de su deber, aun cuando hubiese sobrevivido al conde de Horn. Pero el rey de Inglaterra, faltando á la palabra dada por designio, no puede encontrar excusa por haber dejado para después de la muerte, la ejecución de su deslealtad; como tampoco el arquitecto de que nos habla Heródoto, el cual guardó lealmente durante toda su vida el secreto del lugar en que se encontraban los tesoros del rey de Egipto, su señor, y al morir lo descubrió á sus hijos.

He visto algunos hombres que en vida retuvieron á sabiendas intereses ajenos, disponerse á entregarlos por su testamento, después de su muerte. Con semejante proceder nada hacen de eficaz, ni al aplazar cosa tan urgente, ni al pretender borrar falta tan grave mediante sacrificio tan escaso. Este debe ser mayor cuanto que pagan á regañadientes; su satisfacción debe ser más justa y meritoria: la penitencia exige el sacrificio. Todavía son más dignos de reprehensión los que guardan la declaración de alguna odiosa voluntad hacia el prójimo para sus últimos instantes, habiéndola ocultado toda su vida; dan éstos muestra de estimar en poco su propio honor, irritando al ofendido contra su memoria, y menos todavía su conciencia, no habiendo sabido hacer extinguir su odio por el respeto de la muerte misma, y llevándolo hasta más allá del sepulcro. Jueces injustos que juzgan cuando carecen ya de conocimiento de causa. Yo me guardaré, si puedo, de que mi muerte diga nada que mi vida no haya sostenido y abiertamente declarado.

CAPÍTULO VIII

DE LA OCIOSIDAD

Como vemos los terrenos baldíos, si son fecundos y fértiles, poblarse de mil suertes de hierbas espontáneas é inútiles, y que para que produzcan provechosamente es preciso cultivarlos y sembrarlos de determinadas semillas para nuestro servicio; y así como vemos á las mujeres producir solas montones informes de carne¹, y que para que resulte una generación provechosa y natural es necesario depositar en ellas otra semilla, así acontece con los espíritus; si no se los ocupa en labor determinada que los sujete y contraiga se lanzan desordenadamente en el vago campo de las fantasías,

Sicut aquæ tremulum labris ubi lumen ahenis
Sole repercussum, aut radiantis imagine lunæ,
Omnia pervolitat late loca; jamque sub auras
Erigitur, summique ferit loquaeria tecti²;

y no hay ensueño ni locura que el entendimiento no engendre en agitación semejante:

Velut ægri somnia, vanæ
Finguntur species³.

El alma se pierde cuando no tiene un fin establecido, pues como suele decirse, estar en todas partes no es encontrarse en ninguna.

Quisquis ubique habitat, Maxime nusquam habitat⁴.

Yo, que últimamente me he recogido en mi casa decidido en cuanto de mi voluntad dependa á pasar en reposo y solo la poca vida que me queda, parecióme no poder prestar beneficio mayor á mi espíritu que dejarlo en plena libertad, abandonado á sus propias fuerzas, que se detuviese donde tuviera por conveniente, con lo cual esperaba que pudiera en lo sucesivo adquirir mayor madurez; mas yo creo que, como

Variam semper dant otia mentem⁴,

ocurre precisamente lo contrario. Cuando el caballo escapa solo, toma cien veces más carrera que cuando el jinete lo

1. Alusión á los quistes del ovario.

2. Así cuando en un vaso de bronce una onda agitada refleja la imagen del sol ó los pálidos rayos de la luna, la luz voltea incierta, se eleva, descendiendo y hiere el artesonado techo con sus movibles reflejos. VIRGILIO, *Eneida*, VIII, 22.

3. Forjándose quimeras que semejan á los ensueños de un enfermo. *Eneida*, VIII, 22.

4. El espíritu se extravía en la ociosidad, engendrando mil ideas diferentes. LUCANO, IV, 704.

conduce; mi espíritu ocioso engendra tantas quimeras, tantos monstruos fantásticos, sin darse tregua ni reposo, sin orden ni concierto, que para poder contemplar á mi gusto la ineptitud y singularidad de los mismos, he comenzado á ponerlos por escrito, esperando con el tiempo que se avergüence al contemplar imaginaciones tales.

CAPÍTULO IX

DE LOS MENTIROsos

No hay ningún hombre más desacertado que yo para hablar de memoria, pues es tan escasa la que tengo que no creo que haya en el mundo nadie á quien falte más que á mi esta facultad. Todas las demás son en mi viles y comunes, pero en cuanto á memoria me creo un ente singular y raro, digno de ganar reputación y nombradía. Además de la falta natural que experimento (en verdad vista su necesidad Platón hace bien en nombrarla diosa grande y poderosa) si en mi país quieren señalar á un hombre falto de sentido, dicen de él que no tiene memoria; cuando me quejo de la falta de la mía me reprenden y no quieren creerme, como si me acusara, de falta de sensatez: no establecen distinción alguna entre memoria y entendimiento, lo cual agrava mi situación, pero no me perjudica, pues por experiencia se ve que las memorias excelentes suelen acompañar á los juicios débiles. Equivócanse también no haciéndome justicia, en el respecto siguiente: quien como yo no sabe hacer bien nada, aparte de ser excelente amigo, ve que para ellos las mismas palabras que acusan mi enfermedad representan la ingratitud; forman idea de mi afección por mi memoria, y de un defecto natural hacen un defecto de conciencia: «Olvidó, dicen, esta súplica ó esta promesa; no se acuerda de sus amigos; no se ha acordado de decir, hacer ó callar esto ó aquello por la estimación que me tiene.» A la verdad, yo puedo fácilmente olvidar, pero dejar de cuidarme del encargo que un amigo me ha confiado, no lo hago nunca. Que se disimule, pues, mi defecto, sin hacerlo consistir en malicia y mucho menos en una malicia que se opone abiertamente á mi carácter.

Algo me sirve de consuelo en esta falta de memoria el convencimiento de que es un mal de que me valgo para corregir otro peor, que fácilmente hubiera germinado en mí y el cual es la ambición, pues no puede soportar la falta de memoria quien está sumido en los negocios del mundo. Como rezan varios ejemplos semejantes del progreso de la naturaleza, la ausencia de memoria ha fortificado en mí otras facultades á medida que ésa me ha faltado; de tener buena

memoria fácilmente seguiría las huellas ajenas, mi espíritu languidecería por no ejercer sus propias facultades, como suele hacer casi todo el mundo, que se sirve de las extrañas opiniones por tenerlas presentes en la mente; mi discurso por la misma razón tampoco es muy extenso ni dilatado, pues sólo merced á la memoria se almacenan las especies que el juicio no procura. Si me hallara favorecido por tal facultad hubiera ensordecido á mis amigos con mi charla; los asuntos, al despertar en mí la facultad que yo poseo de manejarlos y emplearlos, alargarían en demasía mis disertaciones. Es cosa lamentable, yo lo veo por algunos de mis amigos, á medida que la memoria les representa el caso de que hablan por todas sus fases, retroceden en su narración, cargándola con tan inútiles detalles, que si lo que refieren es interesante, ahogan todo el interés; y si no lo es, hay tanta razón para maldecir de su feliz memoria como de su juicio desdichado. Es cosa harto difícil cerrar una relación y cortarla una vez que se ha comenzado; nada hay que mejor pruebe la fuerza de un caballo que el que se pare neto y en redondo. Aun entre las personas dotadas de tacto veo muchas que quieren y no pueden apartarse de la carrera emprendida, mientras buscan el punto para cerrar el paso: marchan faramalleando y arrastrándose como hombres que sucumben de debilidad. Sobre todo son peligrosos los viejos en quienes permanece vivo el recuerdo de las cosas pasadas y que perdieron la memoria de sus repeticiones. He visto relaciones muy agradables convertirse en aburridas en la boca de un anciano, porque cada uno de los circunstantes las había oído cien veces por lo menos.

La segunda ventaja de la falta de memoria consiste en recordar menos las ofensas recibidas; como decía Cicerón, para ello sería menester un protocolo. Darío, para no echar en olvido la ofensa que había recibido de los atenienses, hacía que un paje le repitiera al oído tres veces, siempre que se sentaba á la mesa: «Señor, acordaos de los atenienses.» Además, los lugares y libros que veo por segunda ó tercera vez, se me ofrecen siempre como una novedad.

No sin razón se dice que quien no se sienta fuerte de memoria debe apartarse de la mentira. Bien sé que los retóricos establecen diferencia entre mentir y decir mentira; aseguran que decir mentira es decir cosa falsa que se tomó por verdadera; y que la definición de la palabra mentir, en latín, de donde nuestra lengua la ha tomado, vale tanto como ir contra su conciencia, y que, por consiguiendo, esto no se relaciona sino con los que dicen algo contrario á lo que saben, á los cuales me refiero. Ahora bien, éstos ó lo inventan todo á su guisa, ó alteran y trastornan aquello que es verdadero. Cuando cambian y desfiguran una cosa, al ponerla en su lugar un interlocutor, es difícil

que se desconcierten, en atención á que su idea, tal cual es, habiéndose acomodado primeramente en su memoria é impreso en ella por la vía del conocimiento y de la ciencia, es difícil que no se presente á la imaginación desalojando la falsedad, que no puede tener el pie tan seguro ni asentado, y las circunstancias del primer aprendizaje, esparciéndose de diversas suertes en el espíritu, tampoco hacen perder el recuerdo de la parte falsa ó bastarda. En aquellos otros que inventan fondo y forma, como no hay ninguna impresión contraria que choque á su falsedad, tanto menos semejan equivocarse. De todos modos acontece que, como la mentira es un cuerpo vano y sin fundamento, escapa fácilmente á la memoria, si ésta no es fuerte y bien templada. De lo cual he tenido experiencia frecuente en casos graciosos ocurridos á expensas de los que forman constantemente el propósito de ser de la misma opinión de la persona á quien hablan, bien en los asuntos que negocian, bien por dar satisfacción á los grandes; pues estas circunstancias en las cuales quieren prescindir de su fe y de su conciencia, estando sujetas á cambios frecuentes, preciso es que sus palabras se diversifiquen á medida que aquéllas cambian, de donde resulta que tratándose de la misma cosa, unas veces dicen gris, otras amarillo; á una persona de un modo, á otra de manera distinta. Y si por fortuna esta clase de hombres acomodan opiniones tan contrarias ¿en qué se convierte tan hermoso arte? ¡á más de que imprudentemente ellos mismos se desconciertan con tanta frecuencia! Porque, ¿de qué memoria no habrían menester para acordarse de tantas formas diversas como forjaron de un mismo asunto? En mi tiempo he visto envidiar á algunos esta clase de habilidad, los cuales no ven que si la reputación la acompaña, ésta carece de todo fundamento.

Es á la verdad la mentira un vicio maldito. No somos hombres ni estamos ligados los unos á los otros más que por la palabra. Si conociéramos todo su horror y trascendencia, la perseguiríamos á sangre y fuego, con mucho mayor motivo que otros pecados. Yo creo que de ordinario se castiga á los muchachos sin causa justificada, por errores inocentes, y que se les atormenta por acciones irreflexivas que carecen de importancia y consecuencia. La mentira sola, y algo menos la testarudez, parecen ser las faltas que debieran á todo trance combatirse: ambas cosas crecen con ellos, y desde que la lengua tomó esa falsa dirección, es peregrino el trabajo que cuesta y lo imposible que es llevarla á buen camino; por donde acontece que comunemente vemos mentir á personas que por otros respectos son excelentes, las cuales no tienen inconveniente en incurrir en este vicio. Trabaja en mi casa un buen muchacho, sastre, á quien jamás oí decir verdad más que cuando le conviene. Si como la verdad, la mentira no tuviera más

que una cara, estaríamos mejor dispuestos para conocer aquélla, pues tomaríamos por cierto lo opuesto á lo que dijera el embustero, mas el reverso de la verdad reviste cien mil figuras y se extiende por un campo indefinido. Los pitagóricos creen que el bien es cierto y limitado, el mal infinito é incierto. Mil caminos desvían del fin, uno solo conduce á él. No me determino á asegurar que yo fuera capaz para salir de un duro aprieto ó de un peligro evidente y extremo, de emplear una descarada y solemne mentira. Plinio dice que nos encontramos más á gusto en compañía de un perro conocido que en la de un hombre cuya veracidad de lenguaje desconocemos. *Ut externus alieno non sit homines vice*¹. El lenguaje falso es en efecto mucho menos sociable que el silencio.

El rey Francisco I se alababa de haber arrollado por medio de tales artes á Francisco Taverna, embajador de Francisco Sforza, duque de Milán. Era este legado hombre famosísimo en la ciencia de la charla, y había recibido de su señor la misión de disculparle á los ojos del monarca á causa de un suceso de importancia grave. El rey, para estar informado de las cosas de Italia, de donde había sido expulsado, incluso del ducado de Milán, decidió enviar cerca de Sforza un gentilhomme que le sirviera de hecho de embajador, pero que en apariencia simulara residir en el país por sus negocios particulares, lo cual era posible fingir porque el poder del duque dependía más del emperador (sobre todo en aquella época en que preparaba el matrimonio con su sobrina, hija del rey de Dinamarca, que es al presente dueña de Lorena), y no podía descubrir, sin perjuicio de sus intereses, que tal personaje tuviera ninguna relación ni comunicación con nosotros. A esta comisión se prestó un caballero milanés, caballero de la casa real, llamado Maravilla, quien, despachado con cartas secretas y particulares instrucciones como embajador, y llevando además otras de recomendación para el duque en favor de sus asuntos particulares, para cubrir las apariencias, permaneció tanto tiempo cerca de ese personaje, que habiéndolo advertido el emperador, disgustóse por ello, lo cual á mi ver dió lugar á lo que sucedió después, y fué que, so pretexto de una muerte misteriosa, el duque mandó que le cortaran la cabeza de noche, habiendo el proceso durado sólo dos días. Francisco Taverna se encargó de tergiversar lo acontecido (el rey había reclamado á todos los príncipes de la cristiandad y al duque mismo), y en sus declaraciones relató mil patrañas, entre otras que su señor jamás consideró al muerto sino como gentilhomme privado y súbdito suyo, á quien habían llevado á Milán sus negocios

1. De modo que dos hombres de naciones distintas no son hombres comparados el uno con el otro. PLINIO, *Nat. Hist.*, VII, I.

particulares, añadiendo además que no sabía que perteneciera á la casa del soberano, ni mucho menos que fuera su representante. El rey á su vez, acorralándole con diversas objeciones y preguntas, y cercándole por todos lados, llevóle por fin al punto de la ejecución, que se llevó á cabo, como queda dicho, por la noche, y como á escondidas, á lo cual el pobre hombre, confundido por completo, respondió para echárselas de sencillote, que por respeto á su majestad, el duque no hubiera consentido que hubiese tenido lugar durante el día. Puede suponerse cómo fué cogido en la trampa, habiéndose las con un hombre de tan aguzado olfato como Francisco I.

El papa Julio II envió un embajador al rey de Inglaterra para impulsarle á la guerra contra el rey Francisco. Luego que fué conocida su misión, como el rey de Inglaterra insistiera en su respuesta sobre los obstáculos que veía para disponer los preparativos necesarios con que combatir á un soberano tan poderoso, el embajador replicó torpemente que él por su parte los había pesado también y se los había hecho presentes al papa. Por estas palabras, bien ajenas á su misión, que no era otra que la de empujarle desde luego á la lucha, el rey infirió lo que se corroboró después, ó sea que el embajador, por designio propio, era un auxiliar de Francia. Advertido de ello el papa fuéronle confiscados todos los bienes y faltóle poco para perder la vida.

CAPÍTULO X

DEL HABLAR PRONTO Ó TARDÍO

No á todos fueron concedidos todos los dones; así vemos que entre los que poseen el de la elocuencia, unos tienen la prontitud, facilidad y réplica tan oportunas, que en cualquiera ocasión están prestos á la respuesta; otros, menos vivos, nunca hablan nada que antes no hayan bien meditado y reflexionado.

Así como se recomienda á las damas los juegos y ejercicios corporales que contribuyen al acrecentamiento de su belleza, si yo tuviese que aconsejar qué género de elocuencia de las dos citadas conviene más al predicador y al abogado, entiendo que el que no sea improvisador es más apto para orador sagrado, y que, al que por el contrario lo es, conviene la abogacía. El orador sagrado dispone siempre del tiempo necesario para preparar sus oraciones, y sus discursos no son nunca interrumpidos; el abogado tiene por necesidad que improvisar y ser apto para la polémica. Sin embargo, en la entrevista del papa Clemente con el rey de Francia, ocurrió que el señor Poyet, hombre adiestrado en el foro y tenido en gran reputación como abogado, reci-

bió la comisión de pronunciar una arenga ante el papa, y habiéndola bien premeditado de antemano (algunos dicen que ya la traía redactada de París), el mismo día que tenía que pronunciarla, el pontífice temió que el orador no estuviese todo lo prudente que era menester y que pudiera ofender á los embajadores de los demás príncipes que le rodeaban; en esta creencia el papa mandó al rey el argumento del discurso que le parecía más apropiado á las circunstancias, y que era en todo contrario al del discurso preparado por el señor Poyet; de modo que la arenga de éste fué ya inútil y le era necesario pronunciar la otra, de lo cual, sintiéndose incapaz el abogado fué precisó que el cardenal del Bellay hiciese de orador en la ceremonia. La labor del abogado es menos viable que la del predicador, sin embargo de lo cual, tal es al menos mi opinión, encontramos mejores abogados que predicadores, á lo menos en Francia. Parece que es más adecuada labor del espíritu la improvisación y el repentizar, y tarea más apta del juicio la lentitud y el reposo. Quien permanece mudo si carece de tiempo para preparar su discurso y aquel á quien el tiempo no procura ventajas de hablar mejor se encuentran en igual caso.

Cuéntase que Severo Casio hablaba mejor sin preparación alguna; que debía más á la fortuna que á la actividad y diligencia de su espíritu, y que sacaba gran partido cuando le interrumpían. Temían sus adversarios mortificarle de miedo que la cólera no duplicara la fuerza de su elocuencia. Esta cualidad de algunos hombres la conozco yo por experiencia propia; acompaña siempre á aquellos que no pueden sostener una meditación continuada, y en tales naturalezas lo que libremente y como jugando no se produce, tampoco se alcanza por ningún otro medio. De algunos otros decimos que denuncian el aceite y la lámpara, por cierta aridez y rudeza que la labor imprime en las partes laboriosas del ingenio. Además de esto, el deseo de trabajar con acierto y el recogimiento del espíritu, demasiado en tensión y circunscrito en su empresa, hácenle encontrar dificultades, como acontece cuando el agua pugna por salir de un depósito que rebasa y no es bastante grande el boquete de desagüe. Á los que poseen aquella cualidad ocurreles á veces que no han menester estar conmovidos ni mortificados por sus pasiones para llegar á la elocuencia, como acontecía á Casio, pues tal estado sería demasiado tirante; tal género de elocuencia necesita que el orador no sea agitado, sino más bien solicitado; precisa el calor y que las facultades se despierten por las ocasiones inesperadas y fortuitas. Esta elocuencia, abandonada á sí misma se arrastra y languidece; la agitación constituye su vida y su encanto. En la natural disposición de mi espíritu no me encuentro en mi elemento; lo imprevisto tiene más

fuerza que yo; la ocasión, la compañía, el tono mismo de mi voz sacan más partido de mi espíritu que el que yo encuentro cuando á solas lo sondeo y ejercito. De modo que en mí las palabras aventajan á los escritos, si es que puede haber elección ni comparación posibles en cosas de tan poca monta. Suele acontecerme también que la inspiración me favorece más que el raciocinio. En ocasiones escribiendo se me escapa alguna sutileza (bien se me alcanza: insignificante al entender de otro, puntiaguda para el mío; dejemos tales distingos, cada cual habla del ingenio, según la fuerza del suyo), y luego no sé lo que con ella quise decir; á veces cualquiera otro descubre su sentido antes que yo. Si suprimiera todas las frases en que tal me acontece, apenas si dejaría ninguna transcrita. La casualidad me hará ver luego claramente su alcance, generalmente más claro que la luz del mediodía, y contribuirá á que yo mismo me asombre de mi incertidumbre.

CAPÍTULO XI

DE LOS PRONÓSTICOS

Por lo que toca á los oráculos, mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo habían comenzado ya á caer en descrédito. Cicerón pretende buscar la causa de este decaimiento, y dice: *Cur isto modo jam oracula Delphis, non eduntur, non modo nostra ætate, sed jamdiu; ut nihil possit esse contemptius*¹? Pero en cuanto á los demás pronósticos, que tenían por fundamento la anatomía de los animales muertos en los sacrificios, y cuya constitución interna, según Platón, dependía de los augurios que de ellos se alcanzaban, al patear de las gallinas, al vuelo de las aves (*Aves quasdam... rerum augurandarum causa natas esse putamus*²), á los rayos, al curso de los ríos (*Multa cernunt aruspices, multa augures provident, multa oraculis declarantur, multa vaticinationibus, multa somniis, multa portentis*³), y otros en que la antigüedad fundamentaba la mayor parte de las empresas que acometía, así públicas como privadas, nuestra religión los ha abolido. Quedan, sin embargo, entre nosotros todavía algunos medios de adivinación por medio de los astros, los espíritus, las figuras corporales, los sueños y otras cosas; todos los cuales acreditan

1. ¿Por qué en nuestros días, y aun antes, no se confía ya en tales oráculos?
 2. Existe algo que se desdena tanto como el tripode de Delfos? CICERÓN, *de Divinat.*, II, 57.
 3. Creemos que hay aves que nacen expresamente para servir al arte de los augures. CICERÓN, *de Nat. deor.*, II, 64.
 3. Los arúspices ven muchas cosas; los augures prevén también un número importante; muchos sucesos son anunciados por los oráculos y otros por los adivinos, por los sueños y por los prodigios. CICERÓN, *de Nat. deor.*, II, 65.

la curiosidad furiosa de la humana naturaleza, que se ocupa de las cosas venideras como si no tuviera bastante con digerir las presentes:

Cur hanc tibi, rector Olympi,
 Sollicitis visum mortalibus addere curam
 Noscant venturas ut dira per omina clades?

Sit subitum, quodcumque paras; sit cæca futuri
 Mens hominum fati; liceat sperare timenti¹.

*Ne utile quidem est scire quid futurum sit; miserum est enim nihil proficientem ange*². He aquí por qué el ejemplo de Francisco, marqués de Saluzzo, me parece muy digno de consideración: mandaba éste las tropas del rey Francisco en Italia, y había sido muy favorecido por nuestra corte y por el monarca, á quien debía la merced del marquesado, que fué confiscado á su hermano. No teniendo ocasión de cambiar de bando, y careciendo además de razón para ello, la misma afección que profesaba al rey se lo impedía, se dejó influir tan fuertemente por los pronósticos que corrían por todas partes en provecho de Carlos V, y en desventaja nuestra (hasta en Italia, donde estas profecías habían encontrado tantos crédulos, que en Roma por esta creencia de nuestra ruina se perjudicaron nuestros fondos públicos), después de condolerse con frecuencia ante los suyos de los males que veía cernirse sobre la corona de Francia, y también ante sus amigos, se decidió á cambiar de partido, en su daño, sin embargo, sea cual fuere la constelación que hubiera contemplado. Pero condújose cual hombre trabajado por pasiones encontradas, pues disponiendo á su arbitrio de fuerzas y ciudades, teniendo el ejército enemigo, que mandaba Antonio de Leyva, cerca de él, y las tropas francesas sin la menor sospecha de traición, no perdimos, á pesar de todo, ni un solo hombre. Sólo nos enajenaron la ciudad de Fossano, y eso después de habérsela disputado durante largo tiempo.

Prudens futuri temporis exitum
 Caliginosa nocte premit deus;
 Ridetque, si mortalis ultra
 Fas trepidat.
 Ille potens sui,
 Lætusque deget, cui licet in diem
 Dixisse: VIXI; cras vel atra
 Nube polum pater occupato
 Vel sole puro³.

1. ¿Por qué, soberano maestro de los dioses, añadiste á las desdichas de los humanos esta triste inquietud? ¿Por qué hacerles conocer mediante horrosos presagios sus desastres futuros? ¿Haz que nuestros males nos cojan de improviso, que el porvenir sea desconocido para el hombre, y que éste pueda al menor esperar temblando! LUCANO, II, 4, 14.
 2. Nada se gana con saber lo irremisible, pues es una desdicha atormentarse en vano. CICERÓN, *de Nat. deor.*, III, 6.
 3. Los dioses dejan por prudencia en la oscuridad más tenebrosa los aconte-

Laetus in praesens animus, quod ultra est
Odesit curare¹

Se engañan los que creen en el principio siguiente de Cicerón: *ista sic reciprocantur, ut et, si divinatio sit, dii sint; et, si dii sint, sit divinatio*². Con más razón dice Pacuvio:

Nam istis qui linguam avium intelligunt,
Plusque ex alieno jecore sapiunt quam ex suo,
Magis audiendum quam auscultandum conseo³.

El tan celebrado arte de adivinación de los toscanos nació del modo siguiente. Un labrador que araba un campo vió surgir de la tierra á Tages, semidiós de rostro infantil, pero de senil prudencia. Cada cual acudió al lugar del hallazgo, y las palabras y ciencia del idolo, que encerraban los principios de adivinación, fueron cuidadosamente recogidas y guardadas por espacio de muchos siglos. Por lo que á mí toca, mejor preferiría gobernar mis actos por la suerte de los dados que en virtud de patrañas semejantes. En todos los Estados se ha dejado siempre á la fortuna una buena parte en la gobernación de los negocios. Platón, en su tratado de política, achaca á aquélla la solución de muchos casos importantes; quiere, entre otras cosas, que los matrimonios se hagan echando la suerte entre los buenos, y da tanta importancia á esta elección fortuita, que ordena que los hijos nacidos de matrimonios honrados sean educados en el país, y los nacidos de matrimonios malos sean conducidos fuera. Si alguno de éstos mejora de condición, puede reintegrarse al país, y si los buenos empeoran de naturaleza, puede desterrárselos.

Hay quien estudia y comenta los calendarios para explicarse el presente y adivinar el porvenir; y diciéndolo todo, no es peregrino que enuncie la verdad y la mentira: *quis est enim, qui totum diem jaculans, non aliquando collineet*⁴. No los tengo por más veraces porque alguna vez acierten. Sería ir por mejor camino que hubiese una regla para equivocarse siempre, pues á nadie se le ocurre tomar nota de sus desdichas cuanto éstas son más ordinarias y fre-

cimientos venideros, y se rien del mortal que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe... Sólo quien es dueño de sí mismo, es feliz; sólo es dichoso quien puede decir cada día: *he vivido*, que mañana Júpiter empañe la atmósfera con tristes nubes ó nos conceda un día sereno. HORACIO, *Odas*, III, 29 y siguientes.

1. Un espíritu satisfecho del presente, se guardará bien de inquietarse por el porvenir. HORACIO, *Odas*, II, 16, 23.

2. He aquí su dilema: Si existe la adivinación, hay dioses; si hay dioses hay adivinación. CICERÓN, *de Divin.*, 1, 6.

3. Por lo que toca á los que comprenden el lenguaje de las aves y á los que consultan el hígado de un animal mejor que su propio raciocinio, entiendo yo que vale más oírlos que creerlos. PACUVIO, *apud Ctc.*, *de Divin.*, 1, 6.

4. Si se tira todo el día á la suerte, alguna vez se ha de acertar. CICERÓN *de Divin.*, 2, 59.

cuentes, y se decanta mucho lo que por rara casualidad se adivina, porque esta circunstancia tiene mucho de rara, increíble y prodigiosa. Diágoras, sobrenombrado el ateo, respondió del modo siguiente, estando en Samotracia, á alguien que le mostró en un templo muchas ofrendas y cuadros llevados por gentes que se habían salvado de un naufragio:

« Y qué pensáis ahora, dijéronle, vosotros que creéis que los dioses menosprecian ocuparse de las cosas humanas, ¿qué decís de tantos hombres salvados por su ayuda? — Es bien sencillo, contestó; ahí no se ven sino las ofrendas de los que se libraron; las de los que perecieron, que fueron en mayor número, no figuran para nada. »

Dice Cicerón, que sólo Jenófanes, colofonio, entre todos los filósofos que reconocieron la existencia de los dioses, intentó desarraigar toda suerte de adivinación. No es por tanto peregrino que hayamos visto algunas veces en su daño á algunos espíritus elevados, detenerse en bagatelas semejantes. Yo hubiera querido reconocer por mis propios ojos aquellas dos maravillas: el libro de Joaquin, abad, cabalrés que predecía todos los papas venideros, así como sus nombres y fisonomías, y el de León, el emperador, que predecía los patriarcas y emperadores griegos. Con mis propios ojos he tenido ocasión de advertir que en los trastornos públicos, los hombres poco seguros de sus fuerzas, se lanzan, como en otra superstición cualquiera, á buscar en el cielo la causa de su mal por acciones reprochables; y son tan peregrinamente dichosos, que de la propia suerte que los espíritus agudos y ociosos, los que están dotados del arte sutil de acomodar misterios y de descifrarlos, serían capaces de encontrar en los escritos cuantas ideas apetecieran, pues facilita maravillosamente tal designio el lenguaje obscuro, ambiguo y fantástico de la jerga profética, al cual sus autores no dan ningún sentido claro á fin de que la posteridad pueda aplicarle el que mejor la acomode.

El demonio de Sócrates era acaso un cierto impulso de su voluntad que se apoderaba de él sin el dictamen de su raciocinio; en un alma tan bien gobernada como la de este filósofo, y tan depurada por el no interrumpido ejercicio de la templanza y la virtud, verosímil es que tales inclinaciones, aunque temerarias y severas, fueran siempre importantes y dignas de llegar al fin. Cada cual siente en sí mismo algún amago de esas agitaciones á que da margen un impulso pronto, vehemente y fortuito. A tales impulsos doy yo más autoridad que á la reflexión, y los he experimentado tan débiles en razón y violentos en persuasión y disuasión, como frecuentes eran en Sócrates; por ellos me dejo llevar tan útil y felizmente que podría decirse que encierran algo de la inspiración divina.

CAPÍTULO XII

DE LA FIRMEZA

La ley de resolución y firmeza no nos ordena que dejemos de evitar, en tanto que de nuestras fuerzas dependa, los males y desdichas que nos amenazan ni por consiguiente que abandonemos el temor de que nos sorprendan; muy al contrario, todos los medios lícitos para librarnos de nuestros males son, no solamente permitidos, sino también laudables. La constancia consiste principalmente en soportar á pie firme las desdichas irremediables. Por manera que no hay esfuerzo alguno que no encontremos excelente si nos sirve para preservarnos del golpe que nos amenaza.

Algunos pueblos belicosos apelaban en los combates á la fuga como principal ventaja, volviendo la espalda al enemigo con más peligro para éste que haciéndole frente: los turcos tienen algo de esta costumbre. Sócrates en un diálogo de Platón se burla de Laches, quien defendía el valor diciendo « que consistía en mantenerse firme en su puesto contra el adversario ». ¿Pues qué, repone el filósofo, sería acaso cobardía derrotar al enemigo dejándole un lugar? y apoya su dicho con la autoridad de Homero, que alaba en Eneas la ciencia de huir. Y como Laches, volviendo de su acuerdo, reconoce tal costumbre en los escitas y generalmente en las fuerzas de caballería, Sócrates alega á su vez el ejemplo de la infantería lacedemonia, nación hecha más que ninguna á combatir á pie firme, que en la jornada de Platea, no pudiendo conseguir abrir la falange persa, deliberó desviarse y permanecer atrás, para simular así una falsa huida y conseguir romper y disolver las fuerzas persas, persiguiéndolas, estratagema que les valió la victoria.

Refiérese de los escitas que cuando Darío fué á subyugarlos hizo al rey de los mismos muchos reproches porque le veía retroceder ante él evitando así un encuentro. Á lo cual repuso Indathyrtes, que así se llamaba el monarca, que no procedía así por temor á Darío ni á hombre viviente, sino que aquélla era simplemente la manera de marchar de su ejército, puesto que no tenía tierras cultivadas, ciudades ni casas que defender, ni de que el enemigo pudiera apoderarse; pero que si tanta era su voluntad de atacarle, que se aproximara para ver de cerca el sitio de sus antiguas sepulturas, y que allí tendría con quien entenderse á sus anchas.

Sin embargo, en los cañoneos es peligroso moverse del lugar que se ocupa por el temor del disparo, tanto más cuanto que por la violencia y rapidez lo tenemos por inevitable; y más de uno hubo que por haber alzado la mano ó

bajado la cabeza, hizo reir por lo menos á sus compañeros. No obstante, en la expedición á Provenza que contra nosotros emprendió el emperador Carlos V, el marqués de Guast, hallándose reconociendo la villa de Arlés y habiendo abandonado el abrigo que le proporcionara un molino de viento, á favor del cual se había aproximado, fué advertido por los señores de Bonneval y por el senescal de Agenois, que se paseaban por las arenas, quienes le mostraron al señor de Villiers, comisario de la artillería, el cual le apuntó y disparó con tanto acierto una culebrina, que sin que el marqués viese que disparaban contra él se echó á un lado, gracias á lo cual no fué herido. Algunos años antes, Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, padre de Catalina, en ocasión que sitiaba á Mandolfo, plaza de Italia, situada en las tierras que llaman del Vicariado, viendo poner fuego á una pieza que se hallaba frente á él, tuvo el buen acuerdo de agacharse; de no haberlo hecho así, el disparo que le pasó rozando por la cabeza, le hubiera dado en el vientre. Á decir verdad, yo no creo que estos movimientos sean reflexivos; pues ¿qué materia de reflexión puede haber en la mira alta ó baja en cosa tan instantánea? Mayor razón hay para creer que la fortuna favorece el espanto unas veces, pero otras con los movimientos del cuerpo más bien se recibe el disparo que se evita. Yo no puedo remediarlo: si el ruido de un arcabuzazo hiere de improviso mis oídos, me estremezco, lo cual he visto que acontece á otros que son más valientes que yo.

Los estoicos no entienden que el alma de sus discípulos pueda dejar de resistir á las primeras visiones y fantasías que la asaltan; consienten que como ante una sujeción natural, se sobrecoja por ejemplo ante la tempestad del cielo, ó de un edificio que se derrumba, hasta la palidez y la contracción; y lo mismo ante las otras pasiones, siempre y cuando que el juicio permanezca salvo y entero, y que su razón permanezca intacta, sin alteración alguna, sin prestar ningún albergue al sufrimiento ni al espanto. En cuanto al que no es filósofo acontece lo mismo en la primera parte, pero diversamente en la segunda, pues la impresión que las pasiones procuran, de ningún modo es en él superficial, sino que va penetrando hasta el lugar donde la razón se encuentra, infeccionándola y corrompiéndola; juzga al tenor de las pasiones que le trabajan y sus acciones se conforman con ellas. Ved de un modo concluyente cuál es el estado del estoico:

Mens immota manet; lacrymæ volvuntur inanes *.

El peripatético no se libra de las perturbaciones, pero las modera.

1. Lloro, mas su espíritu permanece inalterable. *Eneida*, IV, 449.

CAPÍTULO XIII

CEREMONIAS DE LA ENTREVISTA DE REYES

No hay asunto por insignificante que sea que no merezca figurar en esta rapsodia. En nuestros usos ordinarios de la vida sería falta de cortesía, tratándose de un igual y más todavía tratándose de un superior, no encontrarse en su casa cuando aquéllos nos anunciaron de antemano visitar-nos. La reina de Navarra advierte á este propósito, que es faltar á la buena usanza el que un noble abandone su casa, como suele hacerse con frecuencia, por anticiparse á quien va á visitarle por grandes títulos que éste tenga, y que es más respetuoso y urbano esperarle para acogerle, aunque no fuese más que por temor de equivocarse de camino, y que hasta con acompañarle cuando acabó su visita. Yo sue-lo olvidarme de ambas cosas, que tengo por vanos oficios, y en mi casa hago cuantas economías me son posibles en lo tocante á fórmulas y ceremonias. Si alguien se ofende, me resigno. Mejor es que yo le ofenda una vez sola, que yo lo sea todos los días, lo cual fuera una perpetua suje-ción. ¿Para qué entonces evitar la servidumbre palaciega si uno la lleva á su propio asilo? Es también una prescrip-ción recibida en todas las juntas que á los miembros me-nos importantes corresponde hallarse los primeros en el lugar designado, con tanta más razón cuanto que á los de mayor categoría corresponde hacer esperar.

No obstante, en la entrevista del pontífice Clemente y del rey Francisco, en Marsella, éste ordenó todos los requisitos necesarios para el recibimiento y se alejó de la ciudad, dejando así al papa dos ó tres días para que efectuase su entrada, antes de que el propio soberano se encontrara junto á él. Del propio modo, cuando el papa y el empera-dor celebraron una entrevista en Bolonia, el segundo dió lugar á aquél para que se hallase el primero, llegando el emperador después de él. Es costumbre generalmente acep-tada en las entrevistas de tales príncipes, que el de mayo-res prendas se encuentre antes que los demás en el lugar señalado, aun tratándose de la propia casa del mismo en que la reunión tiene lugar, y para ello se fundan en que tal proceder testifica que es el de mayor categoría á quien los inferiores van á buscar, saliéndoles al encuentro.

No ya cada país, sino cada ciudad y cada profesión tienen usanzas y ceremonias que les son peculiares. Yo he sido en mi niñez educado con todo esmero y he vivido siempre en la buena sociedad; no desconozco, por tanto, las leyes de la cortesía francesa y hasta podría enseñarlas. Me gusta practicarlas y seguirlas, pero no tan servilmente que mi vida

y costumbres padezcan por ello: hay fórmulas penosas que deben dejar de practicarse por discreción, mas nunca por ignorancia; en este caso no se es por ello menos urbano. He conocido muchos hombres descorteses por su exceso de cortesania, á quienes el ser demasiado formulistas hacía importunos por todo extremo.

Por lo demás, es un conocimiento muy útil el del trato de gentes. Como la belleza y la gracia, nos hace ganar, des-de luego, las simpatías de los demás, y así nos adiestra por el ejemplo de los otros, como nos consiente producir el nuestro.

CAPÍTULO XIV

DEL CASTIGO POR OBSTINARSE SIN FUNDAMENTO EN LA DEFENSA DE UNA PLAZA

La valentía, como todas las demás buenas prendas, tiene sus límites; traspuestos éstos, el hombre se encuentra en mal camino, de tal suerte, que un exceso de valor conduce á la temeridad, obstinación y locura á quien no conoce los linderos del bien obrar, no fáciles, en verdad, de preci-sar. Nace de este principio la costumbre de castigar en nuestras guerras, á veces con la muerte, á los que se obs-tinan en defender una plaza que, según los principios de la ciencia militar, debe ser abandonada. Si tal costumbre no se practicara, la impunidad de la acción fuera causa de que cualquier bicoca ¹ bastase á detener un ejército.

El condestable de Montmorency en el cerco de Pavía es-tuvo encargado de atravesar el Tesino para instalarse en los barrios de San Antonio; oponiase á la realización de la orden una torre con gente armada que había en el extre-mo del puente, y que se defendió obstinadamente hasta la derrota. El condestable hizo ahorcar á todos los que se hallaban dentro de la fortaleza. Después de esto hecho, el propio condestable acompañando al delfín en el viaje que éste llevó á cabo del otro lado de la frontera, habiéndose apoderado por la fuerza de las armas, del castillo de Vi-llane, todo lo que guardaba la fortaleza fué destruido por la furia de sus soldados, menos el capitán y el enseña, á quienes hizo ahorcar y estrangular por su obstinación. Igual conducta siguió el capitán Martin del Bellay, siendo gobernador de Turín, en esta misma ciudad: el capitán San Bony y todas sus gentes fueron muertos en la toma de la plaza.

Porque la idea del valor ó cobardía del lugar se juzgan por la estimación y contrapeso de las fuerzas sitiadoras (pues tal haría cuerdamente frente á dos culebrinas, que

1. Fortificación pequeña y de poca defensa. DIC. DE LA ACAD.